

MINISTERIO DEL TRABAJO

Cuadernos de Cultura Obrera

EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE EXTENSION CULTURAL

SERIE D

FEMINISMO OBRERO

POR

VERA ZOUROFF

Santiago de Chile

IMPRENTA "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

1933

FEMINISMO OBRERO

La mujer, ser débil, físicamente hablando, ha sido formada por la naturaleza para la quietud del hogar, que con ser tan reducido, ofrece campo ilimitado a todas las actividades propias de su condición; pero las necesidades de la vida, las urgencias que han surgido a medida que la sociedad evoluciona, la sustraen a esa atmósfera de retiro para impulsarla a las agitaciones de la dura lucha por el pan de cada día.

La juventud ha aceptado alegremente esta nueva faz de la vida que rompe la monotonía de su pasada inacción, y es así como apenas se sienten con fuerzas suficientes para lanzarse al trabajo, las muchachas pueblan las fábricas y los talleres como un enjambre de mariposas multicolores que llevan por doquiera, con su risa cristalina la sana alegría de vivir.

Para la mujer madura, la obligación de trabajar fuera de casa no reviste el mismo aspecto que

para la joven. Los años que han pasado sobre ella trayéndole pesadumbres y dejándole amarguras, ya no le muestran la vida de color de rosa, y acepta la necesidad de trabajar como una de las tantas cargas que la pobreza arroja sobre las espaldas de la mujer.

Pero mucho más dura, aún, es para la anciana, esta urgencia de ganar el sustento. Sobre su cabeza encanecida, han soplado las borrascas arrancándole ilusiones y esperanzas: la vida se ha despojado para ella de sus atractivos dejándole sólo las descaradas realidades de la pobreza.

Las tres edades, se mezclan en el torbellino de la lucha y la legislación obrera las confunde sin distinción en el colmenar donde se elabora el progreso común de la colectividad humana.

Sin embargo, estos tres tipos de mujer obrera, concurren al trabajo impulsadas por la misma causa material, pero alentadas por muy diferente orientación espiritual.

La joven, ve en el trabajo una obligación agradable que le permite ganar dinero con que satisfacer las exigencias de su diario vivir, de un vivir que empieza como una senda bañada de sol que se esfumara en seguida en el horizonte impidiéndole verle el final.

La mujer madura, acepta la faena diaria como una imposición fatigante, cuya única compensación es un mayor bienestar dentro de su existencia llena de privaciones y trabajos.

Para la anciana, el concurrir a una fábrica durante ocho interminables horas, es la última pena que el destino le impone tras una larga jornada por el mundo.

Si cada una lleva consigo una idea distinta de esta necesidad de trabajar, las tres por igual conquistan, tal vez sin darse cuenta de ello, una misma personalidad que las reviste de cierta autoridad ante sí misma: La personalidad que da la independencia económica.

Esta independencia, es el premio que el trabajo otorga a las que le sacrifican su tiempo y sus energías. Premio que compensa de las ocho horas de labor —ingrata a veces al espíritu— pero que es, después de todo, la puerta que se abre a las aspiraciones, y a las expectativas hacia el porvenir.

Por eso, es una condición indispensable para que el trabajo sea fructífero, amarlo como a un amigo generoso.

Todo lo que es amado, es agradable; amándonos parecerán livianas, y gratas las horas que transcurren dedicadas a la diaria labor.

Cada puntada que la aguja va marcando en la costura; cada etiqueta que se pega con goma en el frasco o en la caja; cada hojarasca que se embadurna en el merengue; son pequeños actos con que se contribuye a una obra colectiva de mutua cooperación humana, al par que de interés individual, y que ennoblece a quien lo ejecuta.

La joven, la mujer o la anciana que trabajan, son seres útiles a la sociedad y a sí mismas; producen y reciben la remuneración material de ese producto con que contribuyen a la labor común.

Cuando a fin de la semana reciben el salario, pueden salir orgullosas a la calle, llevando en el monedero ese dinero que significa el esfuerzo que hacen ellas para laborar en el bien de los demás y de sí mismas.

Ya no son una carga económica para el padre, el marido, o el hijo, sino que ayudan y a veces mantienen a éstos con el trabajo de sus manos.

Esa independencia económica que da el dinero ganado con su trabajo, permite a la mujer sentirse más dueña de sí misma, desde que no tiene que depender de otra persona; se dignifica ante sus propios ojos y así va adquiriendo la conciencia de su responsabilidad ante la vida y ante la sociedad.

Ya no es más un ser incoloro, indefinido; es una obrera, una abeja en el colmenar humano, que labora la miel y la cera del progreso de su país, y de su propio bienestar; es una "ciudadana" útil a la sociedad y a sí misma.

Su inteligencia, que ha tenido capacidad para aprender un oficio, se abre cada vez más el ansia de saber y de progresar, afina sus facultades, haciéndola dúctil. Una sana ambición surge en su espíritu reforzando su voluntad, para la creación de nuevas fuerzas que la lleven a esferas más y más elevadas en el campo del trabajo, y así va formán-

dose en ella la conciencia de su propio valer, de su dignidad personal, y sus ideas, y sus actos van insensiblemente asimilándose a esta nueva mujer que se desarrolla en ella y que crece en fuerza espiritual.

Ya no es la esclava sumisa, la eterna cenicienta del medio en que vive, la "cosa" y a veces el "estorbo" inútil.

Ahora es elemento de progreso, y sus manos han adquirido la "sabiduría" del bien colectivo.

Su vida tiene ante sí deberes que van creándose a medida que la personalidad adquiere relieve, y el cumplimiento de estos deberes, le otorga derechos.

"Los derechos de la mujer".—Vienen desde hace tiempo ocupando papel en la prensa y siendo el tema de conferencias, asambleas, asociaciones femeninas, etc.

Pero por sobre esos derechos que la mujer espera de los legisladores, y que habrán de darle personalidad ciudadana, tiene los que no ha solicitado de favor, los que se ha dado ella misma con el esfuerzo propio, con el trabajo de sus manos, en la fábrica o en el taller donde gana el sustento suyo y a veces de su familia.

La única verdadera independencia de la mujer: la única que no se queda en teoría, es la que le da el dinero adquirido por sí misma.

Dueña de "su dinero", es dueña de su persona, y esto le otorga el más grande y más efectivo de los derechos, el de mandarse a sí misma y dispo-

ner de ella, en vez de que sean otros los que la manden y la gobiernen.

Dueña de sí misma, es dueña de sus ideas, de sus pensamientos, de sus afectos. Puede pensar y proceder conforme a lo que piensa, sin que nadie tenga autoridad para intervenir en su "yo" personal. Se ha colocado en un plano superior, desde donde puede mirar al mundo de frente sin tener que alzar los ojos suplicantes.

Desde ese puesto conquistado con su esfuerzo, se mide con el hombre de igual a igual, ya que no necesita de él para su mantención material y puede darse el lujo de aceptarlo por razones sentimentales, sin que para ello intervenga la necesidad de un protector que le dé el sustento.

El hombre ya no puede ver en ella a la antigua esclava, bestia de carga que llevaba sobre sí, aparte del peso de una larga y hambrienta familia, el de los malos tratos que recibía como ser inferior.

Hoy el hombre tiene en ella una compañera libre que viene a él por su voluntad y en plena conciencia de los deberes que ha de cumplir y de los derechos a que ese deber cumplido la hace acreedora. Ahora es la esposa digna, la que habrá de compartir con él, las fatigas y las alegrías de la vida, llevando la carga por igual, y compensándose mutuamente de sus dolores y de sus placeres.

La mujer liberada por el trabajo, se coloca en sus relaciones con el hombre en el mismo nivel suyo.

No teniendo necesidad económica de él, lo acepta por amor, y el hombre tiene entonces la obligación de retribuirle ese sentimiento tan noble, con su cariño y su respeto.

En sus relaciones familiares con él, ya no cuentan las prerrogativas sociales que ella ha alcanzado mediante su personalidad de mujer obrera que se gana la vida; aquí solamente juegan la inteligencia de la mujer, la educación y los sentimientos que con sus cualidades de alma y de corazón sabe despertar en el hombre.

Entonces ha de tener presente, que si económicamente está liberada del tutelaje masculino, espiritual y físicamente, es siempre la "costilla arrancada al costado de Adán", lo cual significa que debe ir unida estrechamente a él, formando parte de él mismo, sin separarse por ninguna de las contingencias que la vida les oponga al paso, y al mismo tiempo recibir de él la protección del más fuerte para con el débil.

Desde el momento en que se han unido, él es la cabeza, pero ella debe ser el corazón de la familia que forman.

Ambos se deben ayuda y cariño; son dos seres diferentes que han de completarse como podrían calzarse las dos mitades de una moneda y en esa sociedad espiritual y material de dos seres distintos, pero que pesan igualmente en la balanza de las equidades humanas, deben compartirse las respon-

sabilidades de manera que el equilibrio se mantenga siempre inalterable.

El hombre como jefe del hogar, es el piloto que dirige la nave; ella como su colaboradora, ha de ser la luz que le aclara el camino, y si obediente y sumisa, acata la voluntad de él, el esposo ha de tomar muy en cuenta el consejo desapasionado y cariñoso con que ella le va mostrando los escollos de la ruta por la vida.

“Compañera y no esclava os doy”, dice la iglesia cuando bendice un matrimonio.

“El marido y la mujer, se unen para formar una sociedad”, dice la Ley en igual circunstancia.

La independencia que a la mujer ha dado su condición de trabajadora, no se opone con la mansedumbre que la esposa deberá demostrar a la autoridad marital; solamente que esta mansedumbre no sea la humillante esclavitud de antaño, sino la obediencia consciente de la mujer que comprende sus deberes y los cumple sin abdicar por ello a sus derechos.

Cuando el marido se extralimita en su autoridad, la esposa puede, digna y noblemente, llamarlo a la razón, y si él permanece terco y autoritario, detrás de ella “debe” haber una ley que la proteja.

Para que “haya” esta ley, otras mujeres trabajan actualmente y en su labor altruista, piden la cooperación moral de sus hermanas.

El hombre es un “niño grande” y la esposa debe en muchas ocasiones ser para él una madreci-

ta. La fuerza física, no siempre es representativa de fuerza moral y con frecuencia la débil mujer, pequeña y endeble ha de sostener con sus palabras, con sus consejos y con su cariño, la voluntad vacilante de un Hércules.

El obrero, atormentado por los mil problemas que la época actual pone ante sus actividades; defendiéndose duramente de las necesidades del diario vivir; cargando con el peso de fuertes responsabilidades, siente con frecuencia flaquear su voluntad, sus convicciones, y desfallecer la esperanza que es la gran animadora de las fuerzas espirituales; entonces es cuando ella, debe fortalecer a ese hombre acongojado, y constituirse en esa madrecita . . .

Siempre "femenina" la primordial misión de la vida es de paz, de amor, de concordia; cuando vea las debilidades y flaquezas del hombre tenido por "fuerte" no le abrume con su desdén y piense que hasta el Hombre-Dios, tuvo desfallecimientos, en la hora suprema de la redención. Por el contrario, compadézcase de esa carne que sufre, de ese espíritu conturbado y anímele con su palabra cariñosa, con esa lógica irrefutable que tiene la dulzura del amor, para el ser que necesita ser confortado.

Piense que ese hombre que está a su lado, con el ánimo apocado por las dificultades de la vida o por las veleidades de la suerte, o por las injusticias de los otros, es el que debe servir de ejemplo y de modelo a los hijos que ella amamanta y que habrán de crecer teniendo por delante, —como un evange-

lio de la vida—el espectáculo que en su hogar le presentan sus padres. Si se crían en la discordia, serán agresivos y pendencieros; en cambio, si en torno a ellos observan siempre una serena concordia y una valiente resignación, serán pacíficos, tranquilos y respetuosos.

No olvide la obrera, que la más delicada obra encomendada a sus manos trabajadoras, es la de sus hijos; obra maestra de proligidad y de consciente labor.

Esas criaturas que llegan a la vida, llorando, que le quitan el sueño, y cuya constante atención le roba los mejores años de su juventud, serán los ciudadanos de mañana, los que han de ir a las filas del trabajo, los que con su esfuerzo continuarán la obra constructiva que las generaciones se transmiten en su marcha incesante hacia el progreso.

Es el tipo de la mujer madura; la que ha de trabajar en la fábrica para satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida y la que en el hogar tiene que atender a una tarea mil veces más difícil y trascendental.

Cuando se contempla el cuadro de las actividades de esta mujer obrera que tras de trabajar ocho horas diarias ha de atender también al cuidado y educación de tres o cuatro criaturas, uno se abisma ante su heroísmo.

En la escuela, el niño instruye su mente, desarrolla su inteligencia; pero es en el hogar donde se forma su moral, su estructura espiritual, y es

la madre la modeladora de esa alma, de ese carácter, que más tarde habrá de actuar en la vida para tomar parte de actividad y de responsabilidad que el destino le aporte.

¡Madre! es un título mil veces más honorífico que el de "Reina", y si a ésto agrega el de Obrera, la mujer resulta una heroína.

¡Cuántas, cuántas veces! la obrera es una mujer sin marido, ya sea porque nunca lo ha tenido, o porque la ha abandonado y tiene que hacer frente con su esfuerzo personal a la mantención y educación de esos hijos para hacer de ellos hombres de bien.

En la campaña que hoy sustentan las mujeres de Chile, para obtener del Congreso leyes protectoras para nuestro sexo, debe recomendarse especialmente, no sólo la protección a la madre sola que mantiene y educa a sus hijos, sino que ha de hacerla objeto de una recompensa que la estimule en su noble trabajo, que sirva de ejemplo para las demás y que pueda ser blasón de orgullo para los hijos cuando en la edad de la razón se den cuenta de lo que deben a su madre.

Educar bien a esos hijos; inculcarles sentimientos de honradez, de rectitud, de patriotismo, es la misión sagrada que la naturaleza encomienda a la mujer-madre; de la educación, del ejemplo que ella les dé, depende el que esas criaturas puedan ser carne de presidio o bizarros campeones del progreso.

Hoy no se hace tan difícil como antes, conformar los cuidados del hogar con el trabajo fabril, y es de esperar que cada día se adelante más y más en esta materia, hasta que puedan las madres disponer del salón-cuna anexo a la fábrica, que les permita, sin desmedro del trabajo, atender también a este primordial deber de la vida.

Ese trabajo pertinaz de ocho horas diarias, año tras año, y para el cual no está conformada la contextura de la mujer, afecta con frecuencia la salud de ella, envejeciéndola prematuramente y a veces imposibilitándola para cumplir debidamente las leyes de la naturaleza.

Por esto, la obrera que ha de estar largas horas de pie, o laborando en un sitio frío, inadecuado, etc., tiene que hacer acopio de salud, para resistir a estas inclemencias inherentes a la necesidad de trabajar. Fuera de las horas fabriles dedique algún tiempo a su cuidado personal —que esto no es vanidad sino higiene.

La salud es un dón precioso que solamente se aprecia cuando se ha perdido. Sin salud no hay alegría en la vida ni eficacia en el trabajo, y la mujer trabajadora, agobiada por tanta clase de faenas diversas, ha menester de fuerzas extraordinarias para sobrellevar una existencia, que es también extraordinaria, si se toma en cuenta las condiciones de su organismo creado por la naturaleza para la reproducción de la especie.

Un bien entendido ahorro, la ayudará a prevenir los estragos que el trabajo y el tiempo vayan haciendo en su salud, permitiéndola tomar oportunos descansos.

Una de las virtudes primordiales que van anexas al trabajo, es el ahorro; no invertir nunca todo el salario; dejar cada semana un poco, aun cuando sea una cantidad insignificante, que el tiempo incrementa en el depósito de la institución bancaria y que suele ser la salvación en cualquier circunstancia imprevista, y el descanso tranquilo cuando las fuerzas disminuyen y el trabajo se hace penoso.

Supongamos veinte años, de trabajo continuo; al lado imaginemos veinte años de ahorro también continuo, y ya tenemos una casita que puede ser muy modesta, pero que es propia, en la cual se pueda disfrutar sin angustias de la recompensa que da la vida a quien supo vivirla dentro de las leyes naturales.

La mujer, tal vez porque siente más hondo que el hombre los rigores de la pobreza, es mucho más económica que él.

Economice todo lo que pueda mientras sea joven y fuerte, que cuando sus fuerzas decaigan, la juventud se haya marchitado llevándose consigo la hermosura, y la vida no seduzca con sus ilusorias vanidades, sólo queda la satisfacción de poseer algo suyo, un pequeño capital que la permita darse algunas comodidades y el merecido descanso de su vida laboriosa.